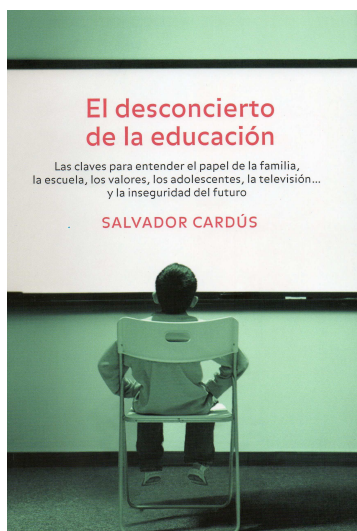


Cardús i Ros, S. (2007): *El desconcierto de la educación*. Barcelona: Paidós, 225 pp.

David Cobos Sanchiz  
Universidad Pablo de Olavide



Algunas obras de temática educativa persiguen una especie de corrección formal que pretende insertarse en alguno de los paradigmas académicos dominantes. Lo cierto es que este tipo de obras -una vez ésto se explicita y justifica en abundancia- desgraciadamente pocas novedades suelen ya aportar. Bastantes libros contruidos así nos dejan una amarga sensación de tibieza intelectual y, por supuesto, una gran insatisfacción después de comprobar las escasas novedades, la inexistencia de ideas originales que aportan a un mundo, sin embargo, cada vez más complejo y cambiante.

Por eso *El desconcierto de la educación* se nos presenta como un soplo de aire fresco que no dejará indiferente a nadie. Esta obra, que aparece ahora en castellano, fue publicada originariamente en catalán hace ya unos años pero desarrolla un diagnóstico del panorama educativo de nuestro país y sus protagonistas (la escuela, los educadores, los padres, los jóvenes, los mass media...) que sigue siendo radicalmente actual.

Su autor, Salvador Cardús, es doctor en Ciencias Económicas y profesor titular de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. La fina disección de la realidad social y educativa que vierte en el libro delata la vasta experiencia previa que atesora en medios de comunicación como *Crónica d'ensenyament* o *Avui* pero, sobre todo, denota muy a las claras que lo que nos presenta aquí el autor son, en realidad, las conclusiones de su propia reflexión personal ante las nuevas exigencias del mundo que le ha tocado vivir. Cardús no es sólo un teórico, él también es profesor y padre y, como tal, ha necesitado construir su propio esquema conceptual como base de una actuación concienciada ante las demandas que hoy su familia, sus alumnos, la sociedad toda... le interpelan. Y lo hace, como él mismo advierte, de una manera objetiva pero no neutral, intentando comprender y desdramatizar la realidad de nuestro mundo pero sin dar recetas, convencido como está de que es cada uno, desde la intransferibilidad de su propia experiencia vital personal, quien ha de construir su propio camino.

El libro pone en relación el actual desconcierto en el mundo educativo con la desorientación general de la sociedad que nos ha tocado vivir, una sociedad en la que predomina una visión catastrofista de la realidad, traducida en un pesimismo social y cultural, que no es precisamente la mejor base para cimentar el edificio educativo. A pesar del aumento del bienestar económico y la apertura espectacular de nuevos horizontes culturales, se ha generalizado la idea de que existe una crisis de la escuela, de los valores, de la familia... que el autor se encarga de desmontar magistralmente en este libro.

Es cierto que la familia actual representa la puesta en cuestión de un cierto modelo pero, en realidad, suscita otra concepción nueva que tiene mucha mayor fuerza y complejidad. La familia sigue ocupando un lugar preeminente de la organización social pero exige ahora -en un contexto de construcción personal en el que cada uno quiere sentirse realizado- muchas más dosis de inversión y esfuerzo personal que en la familia tradicional. También la preocupación de los padres por la educación de los hijos es generalmente superior a la de hace unas décadas y, en muchas ocasiones, es precisamente este exceso de celo el que provoca la inseguridad y la insatisfacción en los métodos educativos. La cuestión es que ahora se producen nuevas situaciones socio-educativas imprevistas y desconocidas, sobre las cuales no existe ninguna experiencia previa ni criterios para interpretarlas. La crisis no se da ya en los grandes principios y valores abstractos sino también y fundamentalmente en las situaciones más prácticas, en las pequeñas rutinas cotidianas. El sentido de las cosas antes venía dado generación tras generación y ahora hay que buscarlo y construirlo permanentemente. He aquí la gran diferencia.

Ni la televisión ni la escuela, por poner dos ejemplos bien significativos, son las culpables de que la sociedad sea como, en realidad, es. Más bien son un reflejo exacto de la sociedad en la que se insertan y a la que sirven. "De las causas del *entelevisamiento*, es decir, la soledad, el aburrimiento, la emotividad reprimida o las dificultades para comunicarnos, la televisión no es la culpable; en todo caso, es su bálsamo, remedio o consuelo" dice el autor. La escuela, por su parte, necesita una definición nueva y clara de sus objetivos educativos y un apoyo mucho más explícito de la sociedad que tan ferozmente la critica pero que tan mal explicita sus demandas.

Ni siquiera los jóvenes de hoy son un mundo aparte o muy distinto en su complejidad. No son muy diferentes ahora de los jóvenes de otras generaciones. Son, como han sido siempre, el resultado que producen sus mayores, quienes -no lo olvidemos- "han diseñado, fabricado, anunciado, distribuido y cobrado" el mundo en el que viven, su distribución temporal y espacial e incluso las actividades que realizan.

Tras desarrollar con rigor teórico y ameno lenguaje las distintas cuestiones que sucintamente señalamos aquí, el texto invita finalmente a apostar por el futuro proponiendo una educación que fomente "nuevos comportamientos que produzcan una inversión de los valores en la que el deseo de bienestar material sea sustituido por el de mayor dignidad personal, cultural y moral. Una invitación a sustituir la cantidad de experiencias por la calidad de las relaciones".

Como se habrá podido entrever, la obra de Cardús es, pues, una invitación al compromiso activo y a la esperanza. Es de agradecer este enfoque en un mundo demasiado saturado ya de malestares, que no vienen sino a sembrar el pesimismo entre los muchos profesionales vocacionales que sí están dispuestos a trabajar hoy para construir una sociedad menos crispada y más comprometida.